

ISSN 2542-3185 ~ Depósito legal ppi 201502ZU4645

Esta publicación científica en formato digital es continuidad de la revista impresa

ISSN 0798-1171 / Depósito legal pp 197402ZU34



CUESTIONES POLÍTICAS

Instituto de Estudios Políticos y Derecho Público "Dr. Humberto J. La Roche"
de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad del Zulia
Maracaibo, Venezuela



Vol.34

No.60

Enero

Junio

2018

Política Latinoamericana



América Latina en la intimidad intelectual de Gabriela Mistral

*Eduardo Andrés Hodge Dupré**

Resumen

Este trabajo expone la imagen de América Latina en el pensamiento de Gabriela Mistral, reflejado en las cartas privadas que ella le remitió a Alfonso Reyes, Victoria Ocampo, Joaquín García Monge y Esther de Cáceres, intelectuales que, al igual que ella, se esforzaron por entender y resolver los principales dilemas que enfrentaba la región durante la primera mitad del siglo XX. El trabajo se realiza desde un enfoque cualitativo, recogiendo y estudiando los datos contenidos en su correspondencia íntima. Los puntos a tratar son: sus ideas indigenistas, sus críticas a la región, sus planteamientos internacionalistas, sus reivindicaciones desde la Liga de las Naciones, su apoyo a la literatura como medio difusor y lo que pensaba sobre Estados Unidos. Los resultados permiten concluir que Mistral pensaba la región no sólo desde un punto de vista romántico, poético e idílico, sino también realista.

Palabras clave: Gabriela Mistral; América Latina; Pensamiento latinoamericano; Epistolario; intimidad intelectual.

* Profesor de la Universidad de los Andes, Chile. Correo electrónico: e.hodge.dupre@gm

Latin America in the intellectual intimacy of Gabriela Mistral

Abstract

This paper exposes the image of Latin America in the thought of Gabriela Mistral, reflected in her private letters that she sent to Alfonso Reyes, Victoria Ocampo, Joaquín García Monge and Esther de Cáceres, intellectuals who, like her, struggled to understand and solve the dilemmas facing in the region during the first half of the twentieth century. It is elaborated from a qualitative approach, collecting and studying the data contained in its intimate correspondence. The points to be discussed are: her ideas about the region, her internationalist approaches, her claims from the League of Nations, her supporting to the literature as a diffuser means and her notions about United States. The results allow us to conclude that Mistral thought the region not only from a romantic, poetic and idyllic point of view, but also realistic.

Keywords: Gabriela Mistral; Latin America; Latin America thought; Epistolary; intellectual intimacy.

Introducción

Lucila Godoy Alcayaga, más conocida como Gabriela Mistral, ha sido la única poeta de habla castellana galardonada con el Premio Nobel de Literatura. *Desolación*, *Piececitos* y *Dame la mano* son algunas de las obras que la convirtieron en una de las literatas más importantes de la historia contemporánea. Mujer polifacética, también destacó en el ámbito pedagógico, como profesora y directora de escuela, como redactora de cuentos para niños y, a partir de 1922, como asesora del gobierno mexicano en su reforma educacional (Valenzuela, 2002). Pero hay una dimensión de Mistral que no todos conocen, y que podría explicar el prestigio internacional que había alcanzado a mediados del siglo XX: además de sus funciones consulares, dirigió la *Sección Letras* de la Liga de las Naciones, trabajo que le permitió estrechar vínculos con importantes pensadores de su tiempo (Figuroa, 2000).

Para Jaime Quezada (1994: 7), Mistral fue una “mujer ciudadana”, mientras que para Sepúlveda (2011: 290) fue una “ciudadana del mundo”. Vivió interesada por la cultura, las letras y la educación, pero también por el bien común. Defendió la democracia, criticó las dictaduras y reivindicó los derechos de los indígenas. Igualmente, conocida es su postura acerca de la paz mundial (Zegers, 2007). Pero esta “ciudadanía” debe ser entendida ecuménicamente. El viaje a México en 1922 le ensanchó el mundo, descubriendo esa América Latina hasta entonces desconocida y oculta. De a poco recorrió sus países, hizo amigos, dictó

conferencias y publicó artículos. En poco tiempo su nombre era popular. Cuando llegó a Ginebra en 1926, se encontró con otros intelectuales que andaban en su misma senda. Es posible sostener que toda esta experiencia contribuyó a lo que Domange (2013: 5) llamaron su “vocación americanista”.

A fin de lograr este cometido, se revisará la correspondencia que mantuvo con el mexicano Alfonso Reyes (1889-1959), el costarricense Joaquín García Monge (1881-1958), la argentina Victoria Ocampo (1890-1979) y la uruguaya Esther de Cáceres (1903-1971). Trabajar estas fuentes¹ permitirá no sólo conocer lo que ella pensaba íntimamente sobre América Latina (de hecho, en varias de ellas precisó que eran privadas y solicitó que no se divulgaran), sino también contribuir a lo que se podría llamar la *cartografía del pensamiento mistraliano*, considerando la procedencia de los remitentes. Por cierto, que se pudieron agregar más intelectuales, pero el espacio no lo permitió.

Con estos pensadores, Mistral constituyó una verdadera “red intelectual”, que para Roig (en Devés, 2000: 12): “Implica la presencia continental de ciertos temas compartidos, así como de posiciones solidarias por parte de sus miembros”. También envolvía una exposición, discusión y circulación de ideas que intentaban resolver los distintos problemas suscitados en la región. De acuerdo con la tesis de Devés (2000), Mistral habría redactado estas cartas en un ambiente marcado por la corriente identitaria, que buscaba reivindicar lo americano, lo latino, lo indígena, “lo propio”. Fue una época que estimuló “el no intervencionismo”, “la reivindicación de la independencia y de la liberación”, la “acentuación de la justicia”, “la reivindicación de una manera peculiar de ser, distinta de la de los países más desarrollados, en la cultura y en el tiempo propio” y el “énfasis en el encuentro consigo mismo, con el país, con el continente” (Devés, 2000: 18).

Para comprender las propuestas latinoamericanistas de Mistral, el trabajo se divide en cinco partes: i) una aproximación a su indigenismo; ii) sus miradas críticas hacia la región; iii) su internacionalismo; iv) su papel en la Liga de las Naciones; y v) el valor que le otorgó a la literatura en la promoción del latinoamericanismo. Las cartas, escritas con pasión, pero también con una fuerte carga de precisión y sensatez, serán estudiadas desde una perspectiva cualitativa, recolectando todas las ideas que permitan probar que Mistral no miraba los asuntos regionales con una óptica puramente romántica, poética e idealista, sino también racional, pragmática y realista.

1. Doll (2000), Morales (2002) y Garrido (2014) han trabajado sus cartas, pero enfocándose en otros temas.

1. Mistral y la cuestión indígena

Tal como otros investigadores lo han señalado, el indigenismo apasionó a Mistral durante toda su vida (Figuroa, 2000). Pedro De Alba (1950: 79), uno de sus más insignes estudiosos, aseguró que su “amor” por los pueblos originarios había sido “profundo”; “recordaba con orgullo a sus araucanos, entendía a los incas y admiraba a los mayas” y “había descifrado mensajes milenarios” con “simpatía y comprensión”. De hecho, no son pocos los poemas, recados y artículos que Mistral publicó para enaltecer y solemnizar a los indígenas americanos. Estaba consciente de que así contribuía a la reivindicación de sus derechos y tradiciones, tan vulnerados a lo largo de la historia.

Es cierto que los indígenas le interesaban desde la infancia, pero también es cierto que el viaje a través de México en 1922 le incrementó la fascinación por ellos. A fin de cumplir la misión encomendada por su amigo Vasconcelos, de organizar escuelas indígenas en todos los Estados, Mistral recorrió los lugares más recónditos del territorio. En esos trayectos pudo conocer *in situ* el “drama de las culturas indígenas” (Valenzuela: 2002: 22). Observó cómo vivían, qué pensaban y qué sentían. Eso la conmovió y a la vez la llenó de fuerzas.² En una carta a Joaquín García Monge, señaló: “Allí pude ayudar a Vasconcelos en la enseñanza indígena. Salgo para la sierra a visitar las escuelas de indios y a hacer lo que pueda en favor de esta porción inmensa de la raza: son doce millones de dieciséis millones de habitantes.” Así volvía a “ser la maestra rural que fui y que nunca se me ha borrado del corazón” (Mistral, en Arce, 1989: 83). Esta apasionada frase no sólo refleja el nivel de compromiso que había contraído con la causa pedagógica, sino también, testimonia el entusiasmo con el que trabajó en los sectores indígenas.

Conocer México modificó sus percepciones, a veces obstaculizadas por el desconocimiento. En sus *Pensamientos Pedagógicos* de 1923, escribía abiertamente:

En México tuve la alegría de aprender que ha sido una vieja y malhadada superstición aquello de que el indio americano padece de una incapacidad intelectual irredimible. Allí gocé de observar el genio que tiene el indio para el dibujo, la pintura y la escultura. Vi sobre todo la sed de leer, de escribir, recitar, danzar y cantar, que posee el pueblo indígena. La alfabetización iba de mes en mes liquidando centenares de analfabetos. Esas escuelas nocturnas llamadas “misioneras”, parecían realmente un asunto tan civil como religioso: era también el desagravio a una raza entera, la indígena, y eran

2. En 1924 (en Vargas, 1991: 133-134) escribía: “Gracias a México por el regalo que me hizo de su niñez blanca; gracias a las aldeas indias donde viví segura y contenta, gracias al hospedaje no mercenario de las austeras casas coloniales donde fui recibida como hija; gracias a la luz de la meseta que me dio salud y dicha; a las huertas de Michoacán y de Oaxaca, por sus frutos cuya dulzura va todavía en mi garganta; gracias al paisaje línea por línea, y al cielo. Enseñando tuve siempre el señorío de mí misma; cuidaron de no darme fatiga, tal vez porque me vieron interiormente rendida; nada de la patria me faltó, y si la patria fuese protección pudorosa, delicadísima, México fuera patria mía también.”

además una escuela de civilidad. El analfabetismo retrocedía a ojos vistas de zona a zona rural: un segundo México nacía (Mistral, 1923: 3).

A pesar de que su estadía allí no fue fácil, Mistral (1922; en Arce, 1989: 83-84) aseguró que México le había “ganado el corazón con sus reformas sociales”, pues con “sangre y tragedia cotidiana, allí se hace algo por el indio, lo que jamás se ha hecho en nuestra raza”. Reconoció que dicha labor no la hacían los intelectuales—solo Vasconcelos—, por cuanto: “La mente allí como entre los demás países nuestros es bizantina, decadente, egoísta”, sino “los hombres sin cultura, mirando unos a Rusia, otros al Evangelio” (Mistral 1922, en Arce, 1989: 83-84). Tampoco la hacían los profesores que, según ella, seguían “discutiendo sobre pedagogías”, cayendo en una “vergonzosa discordia latina, que acabará con nosotros”. Pero más allá de este diagnóstico, que a todas luces bordea el pesimismo, Mistral estaba convencida de que las reformas mexicanas eran: “La cosa más seria y grande que se verifica hoy en la raza” (1922 en Arce, 1989: 84).

Igualmente enseñó en Perú, donde aseguró que se le había “enderezado entero el quechua y el aymara que naturalmente existía” y que ella conocía bastante bien, “porque llegaron hasta el Maule y mi padre era atacameño del límite precisamente, y yo de Coquimbo, la provincia segunda del viejo Chile” (Mistral 1930, en Vargas, 1991: 69). Reconoció que, estando allá, les había enseñado: “Como a deudos, pasándome, cuando menos pienso, a hacer un alegato, lo que está bastante mal en la maestra” (Mistral 1930, en Vargas, 1991: 69).

Si bien la postura indigenista de Mistral podría considerarse bucólica³—o “idealizada” según Grandón (2009: 92)—, lo cierto es que sus preocupaciones por los pueblos originarios eran bastante realistas. Miraba el escenario con cierta angustia, pues sabía que no eran tratados con justicia. Tampoco habían logrado el reconocimiento histórico que merecían. Ella los concebía como la base cultural de América, pero también estaba consciente de que eran la masa demográfica más numerosa, y que su legado cultural no tenía precedentes. No en vano instaba a García Monje para: “Que nuestros pueblos indios, sobre todo del Perú, México y América Central, muestren sus artes finas y prueben su cultura manual, que para mí es superior a las muy fáciles y muy engañosas culturas intelectuales” (Mistral 1927, en Arce, 1989: 94).

Durante sus primeros años de vida pública, Mistral sabía muy poco de América Central. De hecho, le comentaba a García Monge que de esta región solo había visto: “Los materiales indios del Museo de la Sociedad Hispánica”, que por lo demás, le: “Parecieron admirables” (Mistral 1923, en Arce, 1989: 83). Pese a

3. En carta a García Monge se refirió a ellos como “una raza dulce, laboriosa, frugal, pasta espléndida que han olvidado y desdeñado criminalmente los hombres de don Porfirio Díaz” (Mistral 1923, en Arce 1989).

no conocer tanto, se lamentaba de las decisiones de algunos gobiernos centroamericanos, que habían: “Entregado su archivo de la raza o cuando menos una parte esencial a Nueva York” (Mistral 1923, en Arce, 1989: 83). Pensaba que eso no sólo afectaba a la cultura local, sino a toda América Latina. Sostuvo que ese arte indígena era: “Superior al del resto de los países”, pero rogaba no devaluar las: “Pequeñas cosas” que ofrecían las otras culturas (Mistral 1923, en Arce, 1989: 83). Más adelante insistió que era menester: “No despreciar nada, ni la labor en cuerno, ni el tejido de estera coloreada, ni la labor en pluma, ni el cacharro pintado”, pues dentro de todo, “Son menudencias preciosas, en las que allá no reparamos y que aquí tienen honores de vitrinas en los museos” (Mistral 1923, en Arce, 1989: 83).

Años después, cuando el mundo tenía sus ojos puestos en la Segunda Guerra Mundial, Mistral (1944, en Horan y Meyer, 2007) le reconocía a la argentina Victoria Ocampo que: “Toda la pasión por los indios” que había poseído durante su vida, se la debía a “ellos mismos”, y que “algún día entenderás, tal vez ahora, que el blanco se ve claro, podrido y cayéndose a pedazos”, en clara alusión a la destrucción que estaba produciendo la conflagración europea (Mistral 1944, en Horan y Meyer, 2007: 157). La misiva no entrega más información al respecto, pero rebela que la chilena planteaba esto a fin de contraponer culturas. Por una parte, esa América indígena que tanto le apasionaba, y por otra, esa Europa que le había desilusionado, toda vez que se derrumbaba o “podría” con un “conflicto sin sentido”, según sus propias palabras (Mistral 1944, en Horan y Meyer, 2007: 157).

2. El examen crítico de Mistral

Mistral contempló, analizó y describió la realidad latinoamericana con mucho afecto y pasión, particularmente cuando se trató de los pueblos indígenas. Empero, eso no le impidió criticar y develar una serie de sucesos que atentaban contra la integridad –o “dignidad” en sus propios términos– de la región, y de los cuales estaba muy bien informada gracias a los medios que circulaban en aquella época.⁴ Le informaba a Monge:

Gracias siempre por el Repertorio sin el cual bien poco supiera yo de América. No le escondo que su lectura se vuelve cada vez más penosa por lo que ocurre en nuestros países. Lo de Nicaragua aprieta el corazón. Y el resto, excepto la Argentina, también es un buen poco Nicaragua. Usted habrá visto dos o tres artículos míos de elogio a Sandino. Lástima que no le demos sino palabras al hombre heroico. Las juventudes nuestras parlamentan en los Clubs, pero esquivan bastante el sacrificio verdadero al lado del buen caudillo (Mistral 1930, en Arce, 1989: 104).

4. En carta a Ocampo, señalaba: “Cuando salgo compro tres diarios por si se ocupan de la América del Sur (Mistral 1953, en Horan y Meyer, 2007: 209). Tres años más tarde, insistía: “La prensa de aquí no publica nada sobre el tema: las salidas de gente destinada a la América nuestra y para este asunto grande y serio que a mí me da vergüenza: la falta absoluta en los muchachos de Chile –y no digamos de las mujeres– de atreverse a estudiar otra cosa que no sean libritos de literatura de segundo o tercer orden” (Mistral 1956, en Horan y Meyer, 2007: 281). Su interés por los asuntos latinoamericanos, pese a los inconvenientes propios del contexto, era evidente y permanente.

En otra carta, esta vez al diplomático y ensayista mexicano Alfonso Reyes, Mistral señaló a propósito del régimen de Gerardo Machado: “Pasé a Cuba y me la hallé en una desventura del cien por ciento, de veras fantástica, de tiranía, de miseria, con mis amigos perseguidos casi todos. Fina gente, como usted sabe” (Mistral 1930, en Arce, 1989: 104).

Pero los sucesos de Nicaragua y Cuba no fueron aislados. Durante el período conocido como entreguerras, prorrumpieron en América Latina distintas dictaduras que inquietaron a la poetisa. En una carta a Cáceres, sostuvo: “Observa, Chiquita, nuestra pobre América: Perón, Ibáñez y hacia arriba tres o cuatro dictaduras, más las de América Central; esto mismo afirmará a Ibáñez” (Mistral sin/fecha, en Guerra, 2005: 99). Sin embargo, el que le causó mayor preocupación fue Perón, quien perseguía a su amiga Victoria porque promovía la libertad de expresión en pleno régimen. En una de sus cartas, Gabriela le manifestó a la trasandina: “Lo de tu tierra [refiriéndose al régimen peronista], a medida que tome tinte comunista y totalitario, ya ha pasado a mi país y algunos dicen que a Bolivia y a Paraguay. Cuando todo esté amagado, la asfixia va a ahogar a cuantos hemos callado” (Mistral 1947, en Horan y Meyer, 2007: 166). Como lo revelan estos extractos, Mistral estaba preocupada por los autoritarismos que comenzaban a surgir en la región, pensando que ellos reprimirían a los intelectuales que denunciaban los malos gobiernos, y entre los cuales figuraba ella.

La situación en México no era distinta a la del resto del continente. Mientras permaneció en aquel país, Mistral desconfiaba de las conductas adoptadas por el gobierno revolucionario de Plutarco Elías Calles que, para afianzar su proyecto ideológico, había tomado medidas contra las voces disidentes, en especial la Iglesia Católica. Con ello demostraba una vez más su compromiso con las libertades individuales y su rechazo hacia los autoritarismos, además de su inclinación cristiana. A García Monge le manifestó:

Siento una profunda pena de que mis lazos con la Revolución me priven de escribir claramente una crítica sobre los sucesos a que aludo. Se trata de un pueblo nacionalista frenético, y se me diría que soy una desagradecida. Yo estimo y admiro la Revolución, la reforma agraria y la educacional, pero siento repugnancia por la etapa de persecución en que ha entrado. Reconozco que los católicos se merecen algún dolor porque han sido elementos de desdén hacia el pueblo, de conservantismo capitalista, muchas veces. Sin embargo, no se merecen el atropello brutal que reciben (Mistral 1926, en Arce, 1989: 90-95).

Mistral afirmó que en México se hacían “cosas torpes, con un fanatismo medieval” que se contraponía a los valores más intrínsecos de esa revolución que se intentaba proyectar hacia el resto del continente. Entre esas “torpezas”, la más preocupante para la chilena era la persecución religiosa (Mistral 1927, en Arce,

1989: 90-95). A García Monge le escribió: “Cunde por Europa el desprestigio mexicano por los actos de piratería y de violencia que se verifican para arrancar a una enorme masa india y española de su fe” (Mistral 1927, en Arce, 1989: 90-95). Asumía que México y el continente se habían construido sobre sólidos pilares religiosos que no se podían derribar. Atentar contra ellos era poner en riesgo su existencia. Creía que la “desgracia” de América radicaba en que sus líderes, “creyentes y ateos”, eran unos verdaderos “matones” que ignoraban el valor de la religión en la cultura latinoamericana (Mistral 1927, en Arce, 1989: 90-95). Aseguró que todo esto era impulsado por una corriente liberal atiborrada de contradicciones, pues abogaba por la libertad, pero que sólo se practicaba: “Cuando sirve a los intereses de los poderosos”, quienes: “Afeaban hasta sus mejores empresas con el odio y el abuso de autoridad” (Mistral 1927, en Arce, 1989: 90-95).

Más al sur, la realidad no era tan diferente. Años más tarde, Mistral le relataba a su amiga Victoria Ocampo, que acababa: “Leer algo sobre la poderosa Colombia”, donde: “Un perseguido de allá me ha contado cosas que dejan chiquita a la Inquisición. Pablo Neruda me las había dicho y yo no las había creído ni aun tomado en cuenta” (Mistral 1953, en Horan y Meyer, 2007: 209). Lo mismo en Ecuador, “País simpático y que había empezado a ponerse bonito, también está muy dividido” (Mistral 1953, en Horan y Meyer, 2007: 209). Al terminar la carta, la chilena ofrecía un panorama a todas luces desalentador: “Sigue pensando el mapa y sentirás frío y calofrío” (Mistral 1953, en Horan y Meyer, 2007: 209).

Si bien Gabriela miraba los problemas de la región con cierto pragmatismo, a veces lo hacía con algunos tintes de romanticismo. Al menos así quedó establecido en una de las misivas enviadas a su amiga, la ensayista uruguaya Esther de Cáceres: “Pero hay otra cosa que me trabaja sordamente y esos son los odios criollos. Nuestra raza produce, a la vez, odios negros y dorados cariños. Prefiero a eso el hielo de los yanquis que no hacen mal al extranjero porque no conviven con él” (Mistral 1952, en Guerra, 2005: 105). La chilena pensaba que estos “odios criollos” eran la causa fundamental de las desconfianzas que ella veía entre las naciones, pero más aún de las tribulaciones políticas y sociales que emergían al interior de los distintos países. Los golpes de Estado, las represiones y las dictaduras no tenían otra explicación que esa animadversión que producía la lucha por el poder.

El único país que de acuerdo con las cartas se mantenía libre de la tiranía era precisamente Uruguay que, para Mistral, era el modelo que el resto de los países debían seguir, y el lugar donde a ella le hubiese gustado vivir debido a su ambiente de paz y estabilidad. En otra de las cartas que le envió a Esther de Cáceres, esta vez desde Nueva York, escribió:

Yo tengo entre mis manías el “moler” a mis criollos contándoles de mi Uruguay y su gente. Este hábito parece venir de que yo espero hace años que las demás repúblicas se den cuenta clara y absolutamente que es el único país hispánico que ha evitado la dictadura. Uruguay ha sido mi consolidación y mi esperanza a la vez. No digo más sobre este asunto porque me iría de lengua y me doblaría la tristeza y la ansiedad en que vivo por Chile (Mistral sin/fecha, en Guerra, 2005: 81).

En otra carta, dirigida al poeta uruguayo Emiliano Orbe, Mistral destacó: “La tradición humanística del Uruguay, media soterrada después de Rodó” (Mistral sin/fecha, en Guerra, 2005: 81), y aseguró que la experiencia del país oriental: “Es una gran cosa no sólo para ellos sino para América el no perder esa cuerda o esa vía de formación” (Mistral sin/fecha, en Guerra, 2005: 81). De este breve comentario a Orbe se desprenden dos ideas que merecen altura. Por una parte, el valor de las humanidades en la construcción política de un país, tarea que en Uruguay había sido encomendada al autor del insigne *Ariel*; y por otra, nuevamente hacía referencia a la dependencia que veía entre las naciones latinoamericanas, muchas veces distanciadas por problemas históricos sin resolver. A fin de cuentas, Mistral pensaba que la solidez intelectual y política de la república oriental sería un modelo que podía inspirar al resto de las naciones del continente.

3. El internacionalismo de Mistral

Estando en Europa, Mistral se había percatado de que los políticos e intelectuales locales tenían una pésima imagen de América Latina. A su amigo Monge, señaló:

Hay un desdén tan estúpido respecto de nosotros en Francia, es tan vergonzante la cultura histórica de esta masa de sabios respecto de la América, se les siente una duda tan irónica sobre nuestros valores raciales, que si México y el Perú, con Centroamérica, se deciden a hacer una demostración hábil, bien preparada, de su trabajo popular, se podrá dar una sorpresa y una rectificación callada y espléndida a estos caballeros (Mistral 1927, en Arce, 1989: 94).

¿Acaso no era contradictorio que Mistral, primero, reprochara el comportamiento de América Latina, pero luego la defendiera con tanto ímpetu ante los europeos? En realidad, no. Mistral era una americanista declarada, que amaba profundamente a su tierra, pero sabía que la región tenía debilidades que debía resolver. No en vano le decía a Alfonso Reyes que: “La tierra nuestra” era “bendita” y “sin comparación alguna” (Mistral 1933, en Vargas, 1991: 84-85).

Mistral consideraba la integración como una solución factible para los problemas que golpeaban a la región. En sintonía con varios “unionistas” (como Manuel Ugarte o Víctor Raúl Haya de la Torre), pensaba que los obstáculos que

enfrentaban las naciones eran comunes, y que era necesario un esfuerzo mancomunado para resolverlos. Pero esto no era fácil según la poetisa, debido al desinterés y al desconocimiento mutuo que reinaba entre los pueblos. A Reyes le escribía: “Nosotros, el extremo sur, muy poco entendemos a la América Central. Yo nunca podré entender el que esa gente no se una; sólo así comerían de veras. Nos daba pena el hecho tanto sitio había para hacer huertos y comer verdura” (Mistral 1955, en Vargas, 1991: 223). Pero Mistral fue más allá, y añadió otro infortunio: los países no dialogaban porque había rencores históricos entre ellos. Años más tarde planteó: “Siempre, al oír hablar de esos paisitos, tan simpáticos a pesar de todo vivían un chismorreo y unas riñas chiquitas como ellos mismos, pero, aunque cada uno no quisiese a los dos vecinos, la malquerencia no era otra cosa parecida a un choque de verdad” (Mistral 1955, en Vargas, 1991: 223). Hablaba de un “odio monótono y blanco”, sin sentido, que no se superaba solo “por pereza” (Mistral 1955, en Vargas, 1991: 223).

De acuerdo con Mistral, la disgregación de los países latinoamericanos era una de sus mayores “enfermedades”. Pensaba que la separación, la desconianza y la falta de diálogo que había entre ellos impedían el progreso y la paz de los países, tanto en el ámbito interno como externo. Previo a la Segunda Guerra Mundial, y más puntualmente con la Guerra Civil Española, Mistral observó con preocupación el triunfo del fascismo,

...que caerá sobre la América verticalmente, si gana en España. Y lleva las de ganar. Y es cosa de comenzar desde ahora mismo algún trabajo para atajar la peste blanca inventada por los blancos, que están volviendo su famosa Europa en una vergüenza y una llaga, la lepra blanca que esta vez no viene del Oriente, que es bien caucásica, bien harto de latina y germana, para mayor abundamiento. El peligro es para nosotros de veras mortal (Mistral 1937, en Horan y Meyer, 2007: 59).

Esta carta a Ocampo pone en evidencia que, durante las guerras europeas (la civil española y la mundial de 1939), el miedo a un ataque fascista al continente americano era algo real, y que era necesario juntar fuerzas para contenerlo. Pero Mistral también pensaba que la cohesión de los países protegería a las naciones de conflictos de orden doméstico, como golpes de Estado u otras manifestaciones que pusieran en jaque las institucionalidades internas, que de paso afectaban al bien común de todos. Al menos así se lo comunicó a su amigo García Monge ante la fraudulencia electoral de México: “...América del Sur debe exigir la verdad de las elecciones mexicanas. América del Sur debe intervenir. Es absolutamente imposible que del sur se haga nada. Estoy más convencida que nadie, que ésta es la única doctrina sana y decente” (Mistral 1929, en Vargas, 1991: 49).

Mistral fue sensata y realista al momento de analizar la región.⁵ Conocía cada una de sus debilidades: estaba desunida, en manos de gobiernos dictatoriales y atiborrada de revanchismos vecinales que impedían el diálogo internacional.⁶ A Ocampo le comentaba un factor que explicaba y agudizaba la distancia entre las naciones latinoamericanas: el desinterés de los políticos y los intelectuales por participar en los asuntos regionales. Le expresaba: “Pero tú, persona que quiere ser sólo argentina, has de saber que lo que se haga, si ha de servir, tiene que trabajarse con miras a la América del Sur casi entera” (Mistral 1947, en Horan y Meyer, 2007: 166). Ahora bien, la crítica a Ocampo fue la misma que le hacía a la nación argentina, que durante este periodo gozaba de un equilibrio, superávit y desarrollo material único en América Latina, que la llevó a proyectarse hacia Europa, desatendiendo a sus vecinos americanos. Es así como en otra carta a su amiga Ocampo señaló: “Siempre siento hacia su país ese vago rencor de su olvido hacia la América más desgraciada, el abandono de nuestros problemas globales, el ‘qué me importa a mí’ de país feliz” (Mistral 1937, en Horan y Meyer, 2007: 60).

Mistral pensaba que: “La americanidad no se resuelve con un repertorio de bailes y de telas de color ni en unos desplantes tontos e insolentes contra Europa” (Mistral 1935, en Horan y Meyer, 2007: 46). Había asegurado que: “Sale de las manos de los chacoteros y los tontos”, pero a Ocampo la invitaba a razonar sobre las “mil direcciones y sendas posibles dentro de ella” y a “escoger, con su tino sutil, las más insospechadas” (Mistral 1935, en Horan, 2007: 46). De esta manera sugería a su amiga que liderara un “movimiento americano” que superara el interés por lo europeo que habría imperado en su país entre los pensadores más reputados (Mistral 1935, en Horan y Meyer, 2007: 46).

Me temo mucho que esa presencia no sea posible si usted se nos queda afincada en la lengua francesa, y me temo que usted se engañe a sí misma creyendo que con sólo tratar temas americanos cumple con nosotros. Perdóneme mi exigencia impertinente. Algunos de su raza, que usted debe querer, Sarmiento, por ejemplo, le diría más o menos lo que esta maestra de escuela le está diciendo (Mistral 1947, en Horan y Meyer, 2007: 46).

En el epistolario se aprecia otro problema que dificultaba el acercamiento y la posterior integración de los países latinoamericanos: la xenofobia de algunas sociedades hacia los ciudadanos de pueblos hermanos. En una de las cartas a

5. En 1925, Mistral le planteó a Monge: “Tengo el desaliento más profundo por las cosas que ocurren en la América y que hacen pensar a veces que somos la fruta que se pudre en verde. Ojalá desde lejos vea yo más limpio estos pueblos débiles, vanidosos y desorientados. Ud. me dará a través de su revista (Repertorio Americano) alguna fe y alguna esperanza” (en Arce, 1989: 64).

6. Una de las frases que refleja las tensiones entre los latinoamericanos es posible apreciarla en una de las cartas a Victoria Ocampo, donde escribió: “Ay Victoria, nuestra América se parece a su precioso guanaco de las serranías en el tacto suave, el color tostado, el aire arisco -que suele ser salvaje- y que escupe al propio y al extraño por la vergonzosa sordera de nuestra América” (en Horan y Meyer, 2007: 47).

García Monge, declaraba: “Hay en México –doloroso esto– un antiextranjerismo punzante. No me ponen dentro de él, pero yo me pongo” (Mistral sin/fecha; en Arce, 1989: 83) A Alfonso Reyes le informó que había recibido una invitación de México, pero a la que: “Naturalmente no voy; quiero yo mucho a su país, pero mis heridas están frescas, sin que esto quiera decir que yo no agradezco el bien enorme allí recibido y sin que yo quiera decir tampoco que yo tengo rencores. No, puro resentimiento, corazón dolido” (Mistral 1930; en Vargas, 1991: 75). Años después señaló:

Quando Estrada me hizo invitar a México, acepté ir a Yucatán, pero el Ministro en Salvador insistió que fuese a México. Yo me sabía despiertos aún los odios allí, y no erraba. Dos artículos de ataques innobles y feroces se publicaron allá en esos días y fueron repartidos minuciosamente por Centro América, a mi paso. Me denunciaban a estos países como buscadora de dineros fiscales, ingrata y codiciosa (Mistral 1933, en Vargas, 1991: 85).

Tiempo después, Mistral recordaba los malos momentos que había tenido en su vida. “No puedes entender hasta dónde siento el horror de la xenofobia”, le decía a Ocampo, a propósito de las discriminaciones que había sufrido en Centroamérica, pero sobre todo en México (Mistral 1951, en Horan y Meyer, 2007: 172). “¡Y yo no sabía, no, que ese país se ha vuelto tan xenófobo, sobre todo en la provincia!” (Mistral 1951, en Horan y Meyer, 2007: 172). Luego prosiguió: “Yo confío en el pobre pedazo de memoria que tengo para acordarme de que nuestros países tropicales son xenofobia pura y una urticaria rabiosa hecha de envidia” (Mistral 1951, en Horan y Meyer, 2007: 172). Esto no se produjo porque ella fuera descortés o algo por el estilo, sino más bien: “De la comezón de que viva una extranjera más entre ellos” (Mistral 1951, en Horan y Meyer, 2007: 172). Su dolor incrementaba cuando: “Hasta los mejores como Daniel Cossío Villegas y su mujer me querían, pero sentían lo mismo que los otros” (Mistral 1951, en Horan y Meyer, 2007: 172), es decir, desconfianza por una hermana americana que se abría camino entre ellos. A Esthér de Cáceres, relató:

Parece que debo ir a Cuba por el centenario de Martí. A México no quiero ir a pesar de mi amistad con el Presidente. Allá soy, para los ateos beata, para los beatos una sospechosa que no a va las novenas y reza con la Biblia. Es ese el país más difícil que he conocido. Los inditos sin vuelta americana solo por el color de los ojos y los vestidos sastre. ¡Me cansé de su xenofobia! (Mistral sin/fecha, en Guerra, 2005: 99).

Los términos que utilizaba para referirse a este caso en particular son una pequeña muestra del grado de realismo –o pesimismo– con el que Mistral analizaba a América Latina, a la que cuestionaba y criticaba, pero sin dejar de buscar alternativas concretas que mejoraran sus condiciones. Los duros comentarios contra México son palpables, pero aun así fue uno de los países que más admiró, hasta el último de sus días. Eso demuestra que apreciaba a su región, a pesar de no estar de

acuerdo con muchas de sus particularidades. La diferencia, entonces, la marcaría nuevamente Uruguay que, según ella, respetaba no sólo la institucionalidad y la democracia, sino también al inmigrante. A Esther de Cáceres, escribió:

Yo no descuento la idea de trabajar en algo, querida, pero siempre evité, en el extranjero, competir con los nacionales, después de haber probado en México ciertos celos subterráneos pero operantes por tener un cargo fiscal. En cambio, tu país no tiene la xenofobia tremenda de los mexicanos ni cosa semejante a eso; pero el hecho es antipático en sí mismo, querida. Yo vivo esta mala cosa: un corazón muy débil después de aquél horror, de aquella noche del xenófobo Brasil (Mistral sin/fecha, en Guerra, 2005: 99).

4. Mistral desde la Liga de las Naciones

Pero Mistral no claudicó, a pesar de todas las desavenencias y tensiones que había entre los países, y del desinterés de algunos políticos e intelectuales por los asuntos regionales. Una muestra de ello fue su incansable labor en la Liga de las Naciones, donde no sólo conformó una inmensa red de intelectuales latinoamericanos, sino también construyó un espacio en el cual se promovió la integración cultural de las naciones. Ana Pizarro (2005: 25), resaltó la importancia de dicha institución, ascendiéndola a: “Foro internacional en donde se dirimen los grandes problemas que aquejan a la humanidad”, pues fue en ese espacio donde Mistral habría postulado y defendido: “Las virtudes de la cooperación intelectual”.

Con gusto informaba a García Monge su nombramiento en la Sección Letras del Instituto de la Liga de las Naciones: “Aún no acepto. Si aceptara ¿querría su gobierno dármele de compañero, como representante de Costa Rica en la institución? ¡Alegría y honra fuera para mí! Le avisaré si me voy para los efectos de este asunto” (Mistral 1927, en Arce, 1989: 93). Pero Costa Rica fue uno de los primeros países en retirarse de la Liga, ante lo cual Mistral se mostró afligida, argumentando que esta organización hacía: “El esfuerzo más noble de cooperación que se haya hecho nunca por los pueblos”, pese a las tensiones y dificultades que se suscitaban en el plano diplomático (Mistral 1927, en Arce, 1989: 93). En la misma carta anticipaba que México y Argentina también se iban a retirar de la Liga. Sin embargo, su preocupación giraba en torno a la representación cultural e intelectual y no en los aspectos políticos e institucionales. Sabía que Centroamérica tenía atributos de sobra para contribuir en ese proceso.

Una de las primeras labores desempeñadas por Mistral en Ginebra, fue la organización de una biblioteca que reuniera obras americanas. Al uruguayo Ercasty escribía: “Estamos haciendo con Palma Guillén una bibliografía de la América Española y acudiremos a usted muchas veces para hacer un trabajo decoroso” (Mistral sin/fecha, en Guerra, 2005: 30). A García Monge le relataba que:

El Instituto empieza a formar su biblioteca para la información internacional. Si le es posible a su editorial, háganos la gracia de unos seis libros. Hay escasísimo espacio y la sección americana contendrá solamente los libros medulares. Para mí esos son: Montalvo, Sarmiento, Martí, Lugones, Rubén Darío, Nervo, Valencia, Rodó, algunos más. Si a Usted le quedan ejemplares de algunas de estas firmas, ayúdenos, sin hacer esfuerzo excesivo. Yo sé que Usted sirve sin subvenciones a esta empresa en grande de intercambio, que nadie le paga (Mistral 1927, en Arce, 1989: 97).

Un año después le insistió a García Monge: “Me permito solicitar de usted una bibliografía suya, necesaria en el Instituto de Cooperación Intelectual para la información que sobre América Latina debe ser proporcionada por la suscrita a las diversas secciones” (Mistral 1928, en Guerra, 2005: 70). Esto reflejaba que la red intelectual estaba al servicio de la Liga, sembrando un latinoamericanismo esencialmente cultural, intelectual y letrado. Una pregunta pertinente sería por qué organizar una instancia como ésta. Ella, sin embargo, no entregó luces al respecto, al menos en las cartas analizadas para este trabajo. Una posibilidad sería su sentimiento unionista y su interés por dar a conocer a la región en Europa, donde la imagen del continente se reducía más bien a mitos “tropicalistas”. En este sentido, le escribía a Alfonso Reyes:

Me permito solicitar de Ud. la gracia siguiente: se trata de una petición cuyo texto acompaño, y que será entregada por la suscrita al Señor Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba. Ella llevará, a lo más 7 firmas de escritores hispanoamericanos, y los firmantes deseamos que nos valga la ilustre de Usted en estas circunstancias (Mistral 1938, en Vargas, 1991: 116).

Esto refuerza la tesis de una integración cultural-literaria. No obstante, sus intenciones y esfuerzos, la convocatoria de Mistral no fue de fácil tratamiento, ni menos estuvo exenta de problemas. Al menos así se lo comunicó al mismo Reyes en una de sus misivas: “Mis editores ladroncitos de Chile lo harían, y pagando algo, pero sigo creyendo que nuestros países reparten mal los libros, desde Argentina hasta Costa Rica, pasando por Chile, donde, sin embargo, la industria librera crece a ojos vistas” (Mistral sin/fecha, en Vargas, 1991: 103).

5. El rol de la literatura en el latinoamericanismo de Mistral

Para Mistral, la publicación, socialización y acumulación de trabajos literarios tenía tres propósitos fundamentales. En primer lugar, fortalecer la red intelectual. Luego, mantener a sus integrantes informados acerca de las diversas coyunturas políticas y sociales de la región. Y, por último, fomentar el latinoamericanismo, cuyas conexiones con el identitarismo ya fueron estudiadas por Devés (2000), en un trabajo de largo aliento. En carta a De Cáceres, la chilena señalaba:

“Y como tienen pudor, esconden el hecho y soportan esa sed de grandes libros nuevos que es una sed sacra; yo no quiero que a ti ni a mí nos falte lo fundamental que se publica en Argentina y en Uruguay. Ni aún de México recibo yo consejo ni obras nuevas” (Mistral sin/fecha, en Guerra, 2005: 99).

Sin embargo, Mistral tropezó con algunos inconvenientes. Desde su punto de vista, lo más complejo era que los latinoamericanos no se conocían porque leían muy poco sobre ellos mismos, cuestión que de paso afectaba los intentos de integración. En efecto, si los países no dialogaban, no sólo se debía a sus revanchismos históricos, sino también porque no se conocían. Por ejemplo, en una carta a Victoria Ocampo planteaba:

“Ha hallado Connie [su asistente] un artículo mío inédito sobre un asunto que me interesa mucho, y que tal vez a Usted le importe, sobre la separación lingüística de nuestra América: lo de la literatura brasilera e hispano-americana viviendo lado a lado e ignorándose” (Mistral 1938 en Horan y Meyer, 2007: 98).

El trabajo de Mistral en estas materias fue incansable. A García Monge le pedía: “Nada menos que tres o cuatro trozos de prosa costarricense que se adapte más o menos a estas órdenes de la editorial” (Mistral 1926, en Arce, 1989: 90). Las editoriales exigían: “Asuntos realmente americanos”, “tratados con objetividad plena, muy concretos y muy verídicos” (Mistral 1926, en Arce, 1989: 90). La publicación podía ser en forma de cuentos, ensayo o novela, pero con: “Buena lengua” y centrada en costumbres, historia y “muy ameno, para evitar el tedio del relato” (Mistral 1926, en Arce, 1989: 90). Para ella era fundamental que Costa Rica estuviera presente en la publicación porque, de no ser así, “sería una locura”. Adicionalmente le pidió “algo de Nicaragua”, pues no tenía nada de Rubén Darío. Con esto cumplía el objetivo de publicar trabajos de autores reconocidos, que informaran fehacientemente sobre la realidad latinoamericana. Solo así, europeos, estadounidenses y latinos conocerían más sobre la región.

Más adelante, Mistral le contaba a Ocampo que una editorial de Estados Unidos le había encargado una antología iberoamericana. Era una editorial nueva: “Pero ya próspera que maneja el yerno yanqui de una amiga mía chilena de Nueva York, socio capitalista y persona de fiar” (Mistral 1939 en Horan y Meyer, 2007: 100). Pensaba en escribir algo sobre la visión de Anahuac, impulsada por su vocación indigenista. Luego aclaró que: “La editorial no me asigna dinero para pagar los derechos por los trozos de autores vivos, así que yo los pagaré dentro de los recursos que me da el libro” (Mistral 1939 en Horan y Meyer, 2007: 100). Esta fuente revela su interés por publicar trabajos latinoamericanos, a pesar de no obtener ganancias. En realidad, lo único que la motivaba era difundir la cultura entre sus “hermanos americanos”. Años después señalaba a la argentina:

Aquí estoy metida en una especie de antología ibérica para tus gringos. No es sino un libro que podría llamarse Iberoamérica. He buscado, en lo que tengo, algo tuyo que poner, y no he hallado nada que sea americano, excepto ese viaje a la Patagonia, que no me vale en el caso porque tratas un detalle mínimo de tu país, un pedacito (Mistral 1942, en Horan y Meyer, 2007: 143).

Esta carta es acotada, pero contiene ciertos elementos que resumen el trabajo americanista de Mistral. En primer lugar, relata su labor literaria; en ese momento se encontraba editando una obra que no tenía otro nombre que “Iberoamérica”, cuyo destino era Estados Unidos; la poetisa quería llegar al público norteamericano a fin de instruirlo más sobre sus vecinos del sur. En segundo lugar, y con mucha delicadeza, le cuestionó a su amiga Ocampo el enfoque localista que había adoptado. De hecho, el único trabajo de su autoría que encontró, lo consideró algo propiamente argentino, en vez de americano. En ningún caso Mistral pensó que eso fuera impropio. Solamente manifestó que no le servía para el objetivo que perseguía, que era una obra de dimensiones americanistas.

Conclusiones

La vocación americanista de Mistral no es un tema novedoso en el ámbito académico. En páginas anteriores fueron citados algunos especialistas que han abordado este tema, desde distintas perspectivas, con resultados extraordinarios y que no merecen impugnación. No obstante, en la literatura había un vacío que este trabajo intentó satisfacer: analizar este tema, pero a través de su epistolario, que no sólo es abundante, sino también muy diverso. Estas fuentes son importantes, por una parte, porque son cartas privadas y no públicas (como sus recados o poemas), por tanto, reflejan sus ideas desde un punto de vista personal y reservado; de hecho, como se comentó páginas anteriores, ella misma pedía que no se revelaran los contenidos de esos documentos; y por otra, porque sus remitentes eran pensadores iguales que ella, interesados por resolver los problemas políticos, sociales y culturales de la región.

Mistral fue una mujer apasionada, romántica e idealista. Al menos así lo demuestran sus escritos literarios y epistolares. Si bien sus preocupaciones por América Latina emergían de problemas concretos, lo cierto es que su enfoque tenía una fuerte cuota de emocionalidad, que a veces limitaba con el pesimismo. Basta recordar una de las cartas enviadas a carta a García Monge (1924, en Arce, 1989: 84), donde manifestaba cierta tristeza por algunas cosas: “Amargas y vitales de nuestra América”. Esa misma misiva la cerraba refiriéndose a: “Nuestro infeliz continente”. En fin, estos y otros datos contenidos en este trabajo demuestran que Mistral se dirigía a sus amigos con discreción; no deseaba que estos pensamientos fueran públicos, por eso los reducía al plano íntimo. Pero también patentan su interés por identificar, abordar y resolver aquellos aspectos que hacían “infeliz” al continente.

Más allá de estas sensaciones, las cartas de Mistral son fuentes vivas para conocer más sobre la historia latinoamericana del último siglo. Es cierto que era poeta, escritora, cónsul y pedagoga, pero ante todo era una ciudadana-intelectual, que conocía, dominaba e interpretaba bastante bien las particularidades de la región, simplemente porque le apasionaba. Recorrió varios países, estrechó amistades con intelectuales de renombre y publicó en medios tan prestigiosos como *Repertorio Americano*; además de sus responsabilidades en la *Liga de las Naciones*. Toda esta experiencia le brindó información valiosa que supo aprovechar. Las noticias procedentes de distintas realidades y el interés vertido en los asuntos latinoamericanos la llevaron a transformarse en una voz autorizada de su época. Pero lo más interesante que pudo constatar este trabajo, es que todas sus reflexiones las hizo con un realismo asombroso. Eso evidencia que sus preocupaciones eran auténticas.

Referencias Bibliográficas

- AGOSIN, Marjorie. 2003. *Gabriela Mistral: the audacious traveler*. Ohio University Press. Estados Unidos, Ohio.
- ARCE, Magda. 1989. Gabriela Mistral y Joaquín García Monge: una correspondencia inédita. EAB. Chile, Santiago de Chile.
- DE ALBA, Pedro. 1950. Hispanismo e indigenismo de Gabriela Mistral. Anales de la Universidad de Chile. Chile, Santiago de Chile.
- DEVÉS, Eduardo. 2000. El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950). Biblos. Argentina, Buenos Aires.
- DOLL CASTILLO, Darcie. 2000. El discurso amoroso en las cartas de Gabriela Mistral. En: Revista Signos. Disponible en línea. En: https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-09342000000100002. Fecha de consulta: 04 de noviembre de 2018.
- DOMANGE, Bernardita. 2013. Pensando en América. Ediciones U Talca. Chile, Santiago de Chile.
- FIGUEROA, Lorena. 2000. Tierra, indio, mujer: pensamiento social de Gabriela Mistral. Disponible en línea. En: <http://biblioteca.org.ar/libros/89627.pdf>. Fecha de consulta: 01 de noviembre de 2018.
- LIHN, Enrique. 1996. El circo en llamas. LOM. Chile, Santiago de Chile.

- GARRIDO DONOSO, Lorena. Género epistolar y hermandad artística en la poesía de mujeres de la primera mitad del siglo XIX. En: *Literatura y lingüística*, 29. UCSH. Chile, Santiago de Chile.
- GUERRA, Silvia. 2005. *El ojo atravesado. Correspondencia entre Mistral y los escritores uruguayos*. LOM. Santiago de Chile.
- GRANDÓN L., Olga. 2009. Gabriela Mistral: identidades sexuales, etnoraciales y utópicas. En: *Atenea*, 500. Disponible en línea. En: http://www.redalyc.org/pdf/328/Resumenes/Resumen_32814402007_1.pdf. Fecha de consulta: 22-11-2018.
- HORAN, Elizabeth; MEYER, Doris. (compiladores). 2007. *Esta América Nuestra. Correspondencia 1926-1956. El cuenco de plata*. Argentina, Buenos Aires.
- MISTRAL, Gabriela. 1923. *Pensamientos pedagógicos*. En: *Revista Pegaso*. Uruguay, Montevideo.
- MORALES, Leónidas. 2002. Enunciación y misticismo en las cartas de amor de Gabriela Mistral. En: *Hispanoamérica*, 31, 92. Estados Unidos, Meriland.
- OSTRIA, Mauricio. 1993. Gabriela Mistral y César Vallejo: la americanidad como desgarramiento. En: *Revista Chilena de Literatura*, 42. Chile, Santiago de Chile.
- OSTRIA, Mauricio. 2005. Americanismo e indigenismo en Gabriela Mistral. En: *Boletín de Educación*. Disponible en línea. En: <http://www.biblioteca nacionaldigital.cl/bnd/628/w3-article-262930.html>. Fecha de consulta: 21 de noviembre de 2018.
- PIZARRO, Ana. 2005. *Gabriela Mistral. El proyecto de Lucila*. LOM. Chile, Santiago de Chile.
- QUEZADA, Jaime. 1994. *Gabriela Mistral. Escritos políticos*. FCE. Chile, Santiago de Chile.
- SEPÚLVEDA VÁSQUEZ, Carola. 2011. Gabriela Mistral: tácticas de una maestra viajera. En: *Revista Colombiana de Educación*. Disponible en línea. En: <http://www.scielo.org.co/pdf/rcde/n61/n61a12.pdf>. Fecha de consulta: 21 de noviembre de 2018.

TRABUCCO, Sandra. 1992. Ternura e o americanismo em Gabriela Mistral. Ed. USP. Brasil, Sao Pablo.

VALENZUELA FUENZALIDA, Álvaro. 2002. Gabriela Mistral y la Reforma Educacional de José Vasconcelos. En: Reencuentro. Disponible en línea. En: <http://www.redalyc.org/pdf/340/34003402.pdf>. Fecha de consulta: 21 de noviembre de 2018.

VARGAS SAAVEDRA, Luis. 1991. Tan de Usted. Epistolario de Gabriela Mistral con Alfonso Reyes. Ed. U. Chile. Santiago de Chile.

ZEGERS, Pedro Pablo. 2007. Gabriela y México. RIL Editores. Chile, Santiago de Chile.



UNIVERSIDAD
DEL ZULIA

CUESTIONES POLÍTICAS

Vol. 34 N°60

www.luz.edu.ve
www.serbi.luz.edu.ve
produccioncientifica.luz.edu.ve



Cuestiones Políticas
Revista Cuestiones Políticas - LUZ



@RCPolíticas



cuestionespoliticas@gmail.com